

Historia de una idea fascinante

UN MAESTRO DE LA MÚSICA DE LAS ESFERAS

Existen ideas fascinantes en la historia del pensamiento humano, y una de ellas es la de que los cuerpos celestes producen música. Esa música, llamada "de las esferas", ha estado resonando en la imaginación de filósofos, literatos y músicos a lo largo de toda la historia de la cultura europea y más allá de sus fronteras.

Sin embargo, aunque la expresión "armonía de las esferas" o "música de las esferas" pueda ser familiar para cualquier persona culta, pocos sabrían indicar qué autores desarrollaron (¿y desarrollan?) esa sorprendente doctrina. Por ello, la compilación de una antología de textos como la que comentamos merece el elogio de quienes nos interesamos por el pensamiento musical y deseamos conocer sus fuentes. Y también es muy loable la estupenda audacia de Ediciones Atalanta, al publicar una traducción española de esa antología.

Joscelyn Godwin, el responsable de la selección y presentación de los textos y de sus traducciones al inglés, así como de la introducción general y notas pertinentes, es un ilustre musicólogo británico, profesor en la Universidad de Colgate, en Estados Unidos. Siempre hemos agradecido al profesor Godwin la riqueza de conocimientos que nos han revelado sus trabajos. Admiramos la amplitud de su horizonte intelectual y artístico, así como la maravillosa sensatez, incluso la delicadísima ironía (siempre amable y que nunca degenera en sarcasmo ofensivo) con la que aborda sus objetos de estudio.

Los textos seleccionados se agrupan en partes dedicadas a las distintas épocas de la historia cultural europea: la Antigüedad greco-latina, la Edad Media, Renacimiento, Barroco, Ilustración y Romanticismo, más dos autores que trabajaron ya bien entrado el siglo XX (Marius Schneider y Rudolf Haase). Dichos textos no sólo tratan de la música de las esferas en sentido estricto, e. d., de las correspondencias entre los sonidos del sistema musical y los cuerpos celestes. El primer pasaje que encontramos procede del *Timeo*, de Platón¹, y describe la formación del alma del mundo de acuerdo con proporciones matemáticas que coinciden con las de la escala diatónica (según la teoría musical griega clásica). Al colocar este pasaje platónico al principio del libro, Joscelyn Godwin parece estar sugiriendo el enorme interés de

estudiar la relación entre cosmogonía y cosmología, e. d., entre la doctrina expuesta por Platón en ese texto con las especulaciones posteriores sobre los intervalos musicales entre los cuerpos celestes. En este sentido, un pasaje de Macrobio (ss. IV-V d. C.), también recogido por Godwin, transmite la hipótesis de que las distancias entre la Tierra, la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno y la esfera de las estrellas fijas guardan entre sí las mismas proporciones que Platón había atribuido al alma del mundo. De esa doctrina de la génesis del alma del mundo tratan también Arístides Quintiliano (s. III d. C.), Giorgio Anselmi (ss. XIV-XV) y Francesco Giorgio (ss. XV-XVI). Podemos mencionar aquí, a pesar de que no se refirió al alma del mundo, a Andreas Werckmeister (1645-1706), que trazó paralelismos entre los siete días de la creación, según el *Génesis*, y los siete grados de la escala: también en ese autor podemos encontrar, bajo la forma de una comparación decorativa, una especulación sobre el fundamento cosmogónico de la música del universo.

Los textos que siguen al de Platón se centran en los supuestos intervalos entre los cuerpos celestes, o, con más precisión, en los intervalos musicales expresados por las proporciones entre las distancias de los cuerpos celestes (Plinio el viejo, s. I d. C.). También se recogen intentos de establecer correspondencias entre cuerpos celestes y cuerdas de la lira (Nicomaco de Gerasa y Teón de Esmirna, entre los ss. I y II d. C.). De Nicomaco de Gerasa también se han incluido pasajes sobre teoría acústica que permiten entender mejor los textos sobre la música cósmica. Otros sistemas de correspondencias aparecen en los textos de Claudio Ptolomeo, Censorino, Macrobio y Boecio. Volveremos sobre algunos de ellos.

P. e., los capítulos seleccionados del tratado armónico de Claudio Ptolomeo (s. II d. C.), examinan las correspondencias de los sonidos con las esferas celestes, con las facultades del alma (doctrina a la que ya aludió Platón en su *República* y sobre la que volvieron Plutarco y Proclo) y con las constelaciones del Zodíaco (una fascinante novedad, después recogida y desarrollada por Arístides Quintiliano). El erudito sirio musulmán Al-Hasan Al-Katib, en el s. X, y el sabio renacentis-

ta Marsilio Ficino, en el XV, también relacionaron el sistema musical, el alma humana y el zodíaco.

La armonía de las esferas no fue patrimonio exclusivo del pensamiento pagano. Entre los autores cristianos, San Atanasio (ss. III-IV d. C.), en su obra *Contra los paganos*, intentó demostrar la existencia de Dios a partir de la observación del orden cósmico (un argumento que luego recogería Santo Tomás de Aquino). Y, en ese marco, San Atanasio aprovechó la comparación pagana del universo con una lira, en la que cada cuerda reproduce el sonido de un cuerpo celeste, e identificó a Dios con el músico que toca ese instrumento. Los paganos habían atribuido ese papel a Apolo (como se ve en el himno órfico dedicado a ese dios), y un ilustre ejemplo de la adaptación cristiana de esa idea puede hallarse en la *Oda a Salinas*, de Fray Luis de León.

Ya en la Edad Media, Aureliano de Reôme (s. IX) relacionó los ocho modos eclesiásticos y las ocho esferas correspondientes a la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno y las estrellas fijas, aunque no detalló qué modo correspondía a cada esfera. También en el s. IX, el extraordinario Juan Escoto Eriúgena propuso una original determinación de los intervalos musicales entre los cuerpos celestes, y fue el primero en admitir que esos intervalos podían modificarse (como después harían Giorgio Anselmi y Kepler). Regino de Prüm (s. X) y Bartolomé Ramos de Pareja (s. XV) siguieron a Boecio, Cicerón y Macrobio.

Un manuscrito del *De institutione musica*, de Boecio, que data de los ss. XI-XII, incluye un poema anónimo con correspondencias como las que Boecio atribuyó a Cicerón. Ese texto es, por otra parte, especialmente interesante porque incluye en la armonía celeste las jerarquías angélicas, a las que atribuye sonidos una octava más agudos que a las esferas astrales. Giorgio Anselmi (ss. XIV-XV) señaló la afinidad de esas jerarquías angélicas con las sirenas del mito de Er, en la *República*, de Platón: según Anselmi, que refleja la influencia de los comentarios de Proclo a la *República* y al *Timeo* platónicos, tanto las sirenas como las jerarquías angélicas son espíritus cantores de los astros, y los teólogos cristianos habrían colocado a las jerarquías angélicas en el lugar de las sirenas